
Cuba: una visión desde lejos —¿reforma económica o estancamiento?

Hans-Jürgen Burchardt

Instituto de Sociología

Universidad de Hannover, Alemania

En este artículo me propongo como objetivo central abordar los cambios en la economía y la sociedad cubana durante los años noventa, lo que se ha calificado como “Período Especial en Tiempos de Paz”.¹ La exposición centra la atención en los siguientes momentos. Al principio se tocan brevemente los antecedentes de la crisis económica en la década de 1980. Después se pasa revista al proceso de reformas y a las medidas adoptadas en Cuba. Posteriormente se intenta develar posibles escenarios en el devenir de la economía de la Isla, que en su decursar lógico contribuirán a la formación de un “modelo renovado” para la economía cubana. Retomando aspectos teóricos de la sociología política de la desigualdad social, como próximo paso se identifican las fortalezas de la sociedad cubana y el factor especial que todavía le permite al sistema político de la Isla una estabilidad sorprendente, a más de una década después de la caída del muro de Berlín. Finalmente, se intenta presentar un escenario de reformas que pudiera dar a la sociedad isleña una posibilidad para una transformación civil y social.

Antecedentes de la crisis

No pasa inadvertido a los estudiosos de la economía y la sociedad cubana que durante el siglo XX, en intervalos aproximados de 30 años, Cuba afrontó remodelaciones y hecatombes de los patrones económicos existentes. Así ocurrió cuando el modelo conformado con el advenimiento de la República quebró en los años 1929-

1930. Años después, con las transformaciones socialistas generadas por el triunfo revolucionario de 1959, cambiaron los derroteros del desarrollo económico-social. El desplome del entorno internacional donde se había insertado el país hasta 1990 creó la disyuntiva de, por una parte, conservar los fundamentos de la sociedad socialista creada y, por otra, remontar la crisis desatada cuando se conjugaron las ineficiencias del modelo centralizado y la pérdida abrupta de las relaciones externas con el recrudescimiento de la hostilidad desplegada por el gobierno de los Estados Unidos.

Pero la crisis económica de la Isla empezó mucho antes. Ya el quinquenio 1986-1990 marcó un punto de inflexión en el agotamiento del modelo económico socialista cubano. En 1986, el incremento del Producto Social Global (PSG) alcanzó sólo el 1.2%; 1987 marcó una caída de 3.9%; 1988 y 1989 significaron una leve recuperación de 2.2% y 1.1%, para volver a descender en 1990 en 2.9%. En conjunto, el período representó un retroceso del PSG en 1989 inferior al de 1985 (CEE 1989:82). Evidentemente, tocaba fondo la estrategia de desarrollo económico sustentada fundamentalmente en el crecimiento extensivo, aunque con el uso de medios intensivos en sectores como la agricultura, asociado con aumentos continuos en el consumo energético, materias primas y fuerza de trabajo, y aparejado con gigantismos industriales, así como fuentes de acumulación facilitada en ausencia de suficientes aportes nacionales en el creciente financiamiento externo (Burchardt 1996; Carranza Valdés *et al.* 1995).

Al concluir 1989 e inicios de 1990 se delineó una estrategia encaminada a concentrar los recursos inversionistas y materiales e integrarlos en tres programas: alimentación, turismo y biotecnología e industria farmacéutica. En el plano social se reforzó el régimen de distribución controlada de cantidades mínimas de alimentos y otros productos y servicios, dentro del reclamo de compartir los escasos bienes disponibles entre todos de la manera más equitativa posible. Se articularon disposiciones descentralizadoras para las exportaciones e importaciones, al introducirse planes de autofinanciamiento en divisas en las empresas vinculadas directamente al sector externo.

Además, la estrategia trazada debía acoplarse al tránsito hacia la transformación de los tradicionales mecanismos de cooperación económica establecidos con los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). La estabilidad de las relaciones económicas

con los miembros europeos del Consejo sufrió una mutación política a finales de la década de los ochenta. Ante la situación creada, parecía que los incrementos de los vínculos económicos con la Unión Soviética podían compensar la pérdida de aproximadamente el 10% de los intercambios externos que la Isla dirigía al este de Europa. Los protocolos firmados con la parte soviética para 1990 sugerían esta alternativa al reflejar aumentos del 9% en relación con lo ejecutado en 1989.

Sin embargo, el Programa Alimentario, que se proponía compensar las disminuciones de las importaciones de alimentos del área socialista, así como en un plazo cercano resolver los problemas de abastecimiento a la población, no respondió a las expectativas. Por otra parte, los ingresos en divisas provenientes del turismo no correspondieron a los pronósticos realizados. En tanto, la comercialización de las producciones biofarmacéuticas no logró multiplicarse con la rapidez requerida. Además, la desarticulación de la URSS a fines de 1991 abrió un nuevo paréntesis en la situación crítica que enfrentaba el desempeño normal de la economía de la Isla.

Al pasar revista a las primeras medidas de ajuste implantadas, se nota que, en conjunto, permitieron detener la caída en barrena de la economía, revelándose más tarde insuficientes para garantizar la necesaria recuperación de la economía y niveles sostenidos de desarrollo económico. Las experiencias obtenidas sugieren que de inicio no fueron comprendidas las limitaciones del propio modelo económico para dar respuesta a las nuevas condiciones a las que el país se abocaba para reinsertarse en la economía mundial. Tarea compleja, dadas las exigencias de la actual revolución tecnológica abarcadora de todas las ramas del quehacer humano.

Para mediados de 1993, cayó el Producto Interno Bruto (PIB) en cerca del 40% y descendió la producción de caña, cítricos, tabaco y pesca. Por ende, se redujeron bruscamente las exportaciones de azúcar y otros rubros generadores de ingresos libremente convertibles. La no compensación de los descensos en el comercio exterior por parte de los nuevos productos biofármacos, así como por los incrementos en la entrada de divisas por turismo, llevó a la economía del país a un estado crítico. Enfrentar la crisis desencadenada dio lugar a la toma de decisiones que hasta mediados de 1995 originaron efectos cualitativos ajenos al ortodoxo modelo socialista de la economía cubana (Díaz Vázquez 1998a).

El ajuste económico

Para adaptar la economía a la situación creada, aquélla se dividió en dos segmentos: uno se orientó a incentivar las exportaciones con una apertura limitada de las inversiones extranjeras; y el otro agrupó al sector interno. Mientras el sector exportador orientaba la producción para captar divisas, se adaptó a criterios económicos mundiales y recibió la parte fundamental de los pocos recursos disponibles, el sector interno quedó a la zaga de los cambios y debía esperar por los medios que aportara el otro. Este último sólo buscaba garantizar el sistema de planificación de la economía, la igualdad y la homogeneidad social.

La orientación hacia las exportaciones y la dirección y planificación centralizada siguieron siendo los elementos dominantes de la economía. Los esfuerzos por sustituir las importaciones y los potenciales de la economía interna se subordinaron a criterios diferentes, permitiéndose de forma selectiva mecanismos de gestión más descentralizados en el segmento captador de divisas. A su vez, la falta de recursos justificaba que los patrones de centralización se reforzaran ahora en el sector interno, teniendo como base la escasez generalizada de todo tipo de suministros.

Asimismo, comenzó la reestructuración del sector dedicado a la búsqueda de divisas con su extensión a segmentos del comercio y la economía interna, alcanzando desde entonces una dinámica impresionante. Los elementos principales de las reformas han consistido en las liberaciones orientadas a un mercado “restringido” o “cautivo”; el aumento de la autonomía empresarial, sin perder los resortes del control estatal; y el derecho a la propiedad privada de los inversionistas extranjeros. En el otoño de 1995 se aprobó una nueva ley de inversiones que abrió prácticamente todos los sectores económicos de la Isla al capital externo. Posteriormente comenzaron a funcionar las primeras zonas francas del país. Las ramas económicas más importantes, en las que se concentra la mayor parte de las inversiones, son la extracción del níquel y el turismo, las cuales muestran tasas de crecimiento sostenido tanto en las cifras de producción y el número de visitantes, como también de las ganancias (CEEC 1999). En 1999 existían unas 360 empresas mixtas en la Isla (*Proceso* 1999a).

Frente a la creciente necesidad de divisas para garantizar las importaciones indispensables para mantener funcionando la economía,

el gobierno había permitido en 1993 la tenencia privada de divisas a la población. Esta medida tomó más fuerza a lo largo del ajuste. Desde entonces, gran parte de los casi dos millones de cubanos que viven en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos, envía dinero a sus familiares en la Isla. El Estado cubano absorbe este dinero a través de una vasta red de tiendas en divisas que prácticamente se extiende a lo largo y ancho del país (Marquetti Nodarse 1998; *Granma*, 22 de diciembre de 1998).

Además, el gobierno introdujo una serie de cambios en la economía interna. Primeramente, el Estado autorizó el ejercicio individual (trabajo por cuenta propia) de alrededor de 160 actividades que comprenden servicios públicos, industria ligera y artesanal y legalizó así el primer sector económico "privado" de la Cuba contemporánea. Mientras este sector había tenido un despliegue impresionante en los primeros años de su existencia, luego frenó su impulso debido a la introducción de impuestos asfixiantes. En diciembre de 1995, se habían registrado más de 200,000 "cuentapropistas" en el país; la cifra disminuyó a 135,000 a finales de 1998 (Núñez Moreno 1998:50; *Granma*, 17 de diciembre de 1998).

Al mismo tiempo, en la industria azucarera y en la agricultura comenzó a realizarse una reestructuración de tendencia descentralizadora en el uso de las tierras. Las empresas agrarias se convirtieron casi en su totalidad en cooperativas, empresas no estatales autogestionadas. Sin embargo, la autonomía de estas llamadas Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) quedó sujeta en una estrecha camisa de fuerza económica que, hasta ahora, ha impedido mayores impulsos a la producción. Estas unidades todavía dependen de los créditos, del monopolio de compra y la comercialización de los productos, así como de los precios fijados por el Estado (Díaz Vázquez 1998b; EER 1998).

En 1994, se llevaron a cabo las primeras reformas que hicieron de la política monetaria y fiscal instrumentos de control. Desde entonces se intenta disminuir la suma de dinero en manos de la población y reducir el déficit presupuestario estatal. Igualmente, en la esfera monetario-financiera ha concluido, en lo fundamental, la reforma del sector bancario. Ahora se estructura en dos niveles. Uno de ellos absorbió las funciones de banca central y las prerrogativas a ella inherentes. El otro llevó a la fundación de nuevos bancos especializados. Con las reformas se procede a la paulatina modernización de las operaciones bancarias, al genera-

lizarse la automatización e introducirse el empleo del “dinero plástico”. Otra reforma interna del mismo año consistió en la autorización de los mercados agropecuarios y bienes artesanales, así como la legalización de la venta libre de productos del agro.

Sin duda, las medidas reformistas tuvieron éxito. El PIB creció en los últimos cinco años en un 11%, el número de empresas mixtas aumentó considerablemente y el turismo alcanzó en el año 1998 la cifra histórica de 1,400,000 visitantes (*Granma*, 5 de marzo de 1999). El excedente de dinero se absorbió parcialmente; el peso cubano se revalorizó con respecto al dólar; hasta 1998 el déficit presupuestario estatal se redujo a límites tolerables, representando sólo un 3% del PIB (*Granma*, 23 de diciembre de 1998). La economía sumergida —de grandes magnitudes— surgió públicamente a través de los mercados agropecuarios y artesanales en divisas (Burchardt 1995; González Gutiérrez 1995). Se satisficieron así las necesidades más apremiantes de la población. También hay que señalar que durante toda la crisis se ha mantenido el abastecimiento elemental de una canasta mínima a cada consumidor. Este balance positivo se complementó con mejoras en la esfera social. La tasa de mortalidad infantil experimentó una disminución récord en 1998, al reducirse al 7.1%, mientras la asistencia médica y la educación siguieron ampliándose con nuevas incorporaciones (*Granma*, 2 de enero de 1999).

Por otra parte, el auge económico ha sido impulsado, sobre todo, por el sector que opera en divisas. De éste proviene el incentivo principal al nuevo crecimiento: en él se concentran la mayor generación de las ganancias, los aumentos de la productividad, las posibilidades de ingresos, así como las preferencias para el consumo. Mientras, los analistas apuntan que los mayores ingresos de divisas del país no se obtienen a través del azúcar ni del turismo, sino que descansan fundamentalmente en las transferencias privadas de dólares provenientes del extranjero, las llamadas “remesas”.

A su vez, la política monetaria restrictiva introducida condujo a disminuciones ostensibles del salario real de la mayoría de la población. Estas disminuciones apenas se compensaron con una liberalización de las posibilidades económicas y no abrieron nuevos cauces a políticas estructurales de desarrollo. Por consiguiente, la positiva recuperación monetaria tampoco ha estimulado la producción; los mercados, al quedar “casi cautivos”, siguen siendo sólo nuevas formas de distribución. Estas se basan en estruc-

*Más de un especialista ha indicado que,
de crecer a ritmos en el rango
del 2% al 4% del promedio anual,
volver a los niveles del PIB
anteriores a la crisis se conseguiría
del 2002 al 2007. Remontar la crisis bajo
esas condiciones le costaría al país entre
13 y 18 años de crecimiento económico.*

turas asimétricas de ingresos y como resultado visible continúan aumentando las desigualdades sociales. Si en un futuro inmediato no aparecen mejoras palpables del salario real en el sector estatal —que en 1999 empleaba a un 75% de la población económicamente activa (PEA)—, crecerá el abismo entre el bajo nivel de vida de las grandes masas y el mejor estándar de vida de los segmentos que poseen divisas (Burchardt 1999; Togores 1999).

Pero los problemas aún más acuciantes de la economía son otros. La producción continúa padeciendo de una decreciente eficiencia. Por ejemplo, hasta 1998 la intensidad energética en la Isla aumentó en un 20% como mínimo. Así, el dilema de la economía cubana puede preverse ahora en otras de sus dimensiones. Con una capacidad de importación precaria, solamente estable en los niveles actuales, el rendimiento económico disminuiría de forma continua; con ligeras mejoras podría estabilizarse al nivel mínimo actual y sólo un crecimiento que hoy parece colosal (6-8% anual) podría conducir a un incremento y desarrollo económico sustentable. Por ello, el impulso a las reformas futuras que, en mi opinión, tendrán que venir, debiera concentrarse tanto en ampliar el comercio exterior, como en elevar la eficiencia de la economía, incrementar los niveles de consumo, dinamizar la formación del mercado interno, así como el crecimiento de la productividad del trabajo.

Escenarios perspectivas

De los posibles escenarios por los que transitará la economía cubana en el futuro próximo, un inventario inicial destacaría, ante todo, lograr incrementos sustanciales del PIB, así como alcanzar la estabilidad en los indicadores macroeconómicos fundamentales hasta límites irreversibles. Entre 1994 y 1998, el incremento del PIB representó un aumento promedio del 2.2% anual. Más de un especialista ha indicado que, de crecer a ritmos en el rango del 2% al 4% del promedio anual, volver a los niveles del PIB anteriores a la crisis se conseguiría del 2002 al 2007. Remontar la crisis bajo esas condiciones le costaría al país entre 13 y 18 años de crecimiento económico (CarranzaValdés y Monreal González 1998).

Asimismo, los avances conseguidos en el equilibrio monetario-financiero interno, aunque positivos, evidencian claros síntomas de agotamiento. En tanto, perseguir la paridad entre ingresos y gastos de la población y el presupuesto estatal parece manifestarse hoy como un objetivo en sí mismo, sin influencias palpables en los incentivos para la elevación de la producción y la eficiencia en los servicios. Al mismo tiempo, la nómina salarial creció entre 1993 y 1998 en un 57%, con ritmos anuales cercanos al 8%, muy por encima del incremento del PIB y de la productividad del trabajo.

La dolarización de la economía es otra esfera de tensión que, por sus repercusiones económico-sociales, reclama soluciones en plazos no muy lejanos. La dualidad monetaria repercute hoy de modo perverso en la búsqueda de mayor eficiencia en el manejo de la economía. Las distorsiones han venido afectando los desplazamientos de fuerza de trabajo calificada hacia los sectores dolarizados; han desvirtuado y restado fuerza al carácter estimulante del salario, degradando la moneda nacional; y han dado lugar a la disociación de los ingresos del esfuerzo laboral, al diferenciar las posibilidades de consumo en dependencia del acceso al dólar.

Por otro lado, en la esfera productiva la tasa de cambio oficial (1 dólar = 1 peso) ha sobrevalorado al peso, estimulando las importaciones en detrimento del esfuerzo exportador. Por consiguiente, acercar las tasas de cambio oficiales a las "informales" requiere la dinamización del crecimiento del PIB que, a su vez, dependerá de la integridad que se le imprima a la incorporación del conjunto de mecanismos, categorías y relaciones monetario-mercantiles que, gota a gota, se han admitido en el manejo y organización de la economía en el transcurso del ajuste introducido entre 1993 y 1995.

Un paso positivo en los esfuerzos por reestructurar las ramas industriales para convertir la eficiencia económica y competitividad en acicate permanente, lo constituyó el “redimensionamiento empresarial” iniciado en un grupo experimental de unidades y que debe terminar de generalizarse en el año 2002. Sin embargo, este proceso debe enmarcarse no tanto en el contexto del papel del tamaño de las empresas —el alcance de los pequeños y medianos negocios estatales, cooperativos o individuales—, sino en la posibilidad real de su funcionamiento independiente. Estos requisitos parecen llevar en primer plano a la estructuración de un entorno e infraestructura institucional para el empleo más integral del mercado, como instrumento integrador de los vínculos entre las empresas y la economía. Esto significa presupuestos no “blandos” sino duros para todas las empresas, lo que incluye la posibilidad de quebrar, la asignación de insumos por su adquisición en una red comercial, la formación de una infraestructura que le abra las puertas a las empresas al mercado interno y una parcial autonomía empresarial de decisiones sobre cooperaciones con el exterior, entre otros asuntos; es decir, sustituir las relaciones de controles administrativos por métodos económicos.

La esfera del consumo no puede quedar al margen de los nuevos escenarios prospectivos. Según algunas apreciaciones recientes, la distribución de productos alimenticios corresponde en un 70% a canales sociales, donde la libreta de control de abastecimientos queda reducida aproximadamente a un 55%. Estos mecanismos se han tornado en un freno al incremento de la productividad del trabajo (González Gutiérrez 1998). Los consumidores satisfacen el componente alimentario y algunos servicios en los mercados agropecuarios, en el sector de la producción privada; los llamados “cuentapropistas”, en el mercado informal; y las cadenas de “tiendas recaudadoras de divisas”. Superar esta realidad lleva a involucrar al sector agropecuario en la dinámica de los perfeccionamientos de los indicadores macro y mesoeconómicos.

Parecen abrirse paso las opiniones que sugieren que el interés y la posibilidad de maximizar la producción en el agromercado (mediante cooperativas, granjas estatales, productores privados y otros) deben asegurarse mediante decisiones descentralizadas y libres de imposiciones desde fuera con el empleo de medidas administrativas (EER 1998, Valdés Paz 1997; Rodríguez 1999). En esta dirección resulta obsoleto el mantenimiento de las actuales estructuras

de abastecimientos técnico-materiales que, paulatinamente, deben dar cabida a una red comercial de compra-venta. Asimismo, el actual sistema de precios debe evolucionar en plazos razonables hacia relaciones de oferta-demanda, así como progresivamente reducirse las trabas y regulaciones centralizadas, incrementando el empleo de métodos económicos con la incorporación de mecanismos monetario-mercantiles. Todo este proceso dependería, igualmente, del acercamiento a tasas de cambio económicamente fundamentadas, que sirvan para superar la actual dualidad monetaria.

Punto problemático en la reanimación de la economía lo ha constituido el estancamiento o deterioro en el balance del comercio exterior del país. Según diferentes cálculos, las exportaciones en 1998 cayeron por debajo de las de 1993; las importaciones, por el contrario, registran ritmos de incrementos permanentes (BNC 1997; CEEC 1999). Fuentes oficiales afirman que la Isla tuvo un déficit en el comercio exterior que superó a los 2 mil 300 millones de dólares en 1998 (*Proceso* 1999b). Este valor representa el peor resultado desde el comienzo de la crisis y empuja a Cuba al borde de nuevas tensiones de liquidez. Tampoco debe ignorarse que el 60% de las importaciones cubanas recae en alimentos y combustibles; un 25% en materias primas y sólo un 15% en bienes de capital. A estos desequilibrios se unen la ausencia de créditos frescos y el financiamiento a corto plazo de proveedores con tasas, por lo general, muy superiores a las vigentes en los mercados de préstamos. Sólo los ingresos por remesas y los remanentes del turismo, donde las rentas netas alcanzan un 30%, sin deducir las ganancias de participación de los inversores foráneos, mitigan en algo las permanentes tensiones de la balanza de pagos del país (CEEC 1999; ONE 1998).

Igualmente, no puede pasarse por alto que Cuba intenta superar la crisis económica fundamentalmente a través de la recuperación y dinamismo de las ramas tradicionales. El nuevo sector del turismo, con un desarrollo explosivo (con unos 70 mil trabajadores) y potencial para un “derrame” propulsor de ramas y producciones internas, está muy lejos de asumir el papel histórico desempeñado por la industria azucarera (que emplea a cerca de medio millón de personas) en el complejo económico nacional. Será necesario recuperar la rama cañera-azucarera sobre nuevas bases técnico-organizativas y de gestión, y emprender una reestructuración industrial-tecnológica que, hasta el presente, los biotecnofármacos, aunque con rendimientos promisorios, no han podido asumir. Este reto queda

abierto a la búsqueda de nuevas alternativas, condiciones de competitividad y posibilidades de asimilar producciones más complejas, penetrar y abrir mercados más exigentes, así como darle un mayor impulso a la sustitución de importaciones, sobre todo de alimentos, materias primas y servicios.

Además, no ha escapado en los análisis realizados de las consecuencias de la crisis, el deterioro del utillaje, equipamientos e infraestructura productiva. La rama eléctrica en proceso de recuperación, junto con el transporte y las comunicaciones, así como los servicios portuarios y viales son, entre otros muchos, ejemplos evidentes. De aquí que, en otra dimensión, elevar los ritmos del crecimiento del PIB, fomentar nuevos patrones de acumulación interna, así como favorecer corrientes de inversiones de capital externo, con efectos beneficiosos más allá de los logrados en turismo, minería y algunas industrias, resultan urgentes para incrementar la tasa de inversiones. Recuperar y superar los niveles de precrisis es un reto inmediato para garantizar la reproducción ampliada y capitalizar nuevos sectores de la economía.

Posibles fortalezas de la economía y sociedad cubana

Sin embargo, para responder a los retos actuales y cercanos de los escenarios más relevantes que gravitan sobre la economía y sociedad cubana parece también necesario reflexionar sobre los elementos extraeconómicos en la Isla. En este contexto conviene recurrir brevemente a la sociología política de la desigualdad social. Comenzaré por destacar que ésta reconoce la interacción social como una actividad productiva (Bourdieu 1983; Coleman 1988; Kreckel 1992). Aquí deseo referirme, sobre todo, al pensamiento del sociólogo francés Pierre Bourdieu, que no sólo explica la capacidad de reproducción colectiva mediante el capital económico, sino que considera otras formas de capital latentes en la economía. Bourdieu, cuyo pensamiento sociológico es conocido sobre todo por su estudio sobre el *habitus* humano, originalmente trata de extrapolar las categorías no económicas que le garantizan a las élites sociales la diferenciación y el privilegio constante de la sociedad. No obstante, su categorización de relaciones no materiales puede aplicarse también al fenómeno de la integración o unidad social, como más adelante se demostrará en el caso de Cuba.

Bourdieu denomina a los capitales no materiales como los "in-

corporados” y sitúa dentro de ellos al “capital cultural y social”. Con ello Bourdieu evita una definición “cosificada” de su concepto de capital y lo entiende como una “tendencia de supervivencia” formadora de estructuras, como “una fuerza interna de la objetividad de las cosas” que “puede producir tantas ganancias como reproducirse o crecer” (Bourdieu 1983:183). En adelante no utilizaré el concepto de capital en el sentido marxista de “contenido del valor”, sino siguiendo la interpretación de Bourdieu, como identificación de un “potencial reproductivo”.

La categorización del capital social de Bourdieu, descrito como “recursos que descansan en la pertenencia a un grupo”, permite en el caso de Cuba una visualización más amplia del factor de estabilización, “la unidad nacional”. La homogeneización social; el activismo colectivo; el marcado carácter social del modelo; su alto grado de organización; la posibilidad de excluir geográficamente e individualizar oposición o insatisfacción personal; la función autoritaria del Estado y la omnipresencia de su doctrina; así como la difusión de informaciones asentada en el monopolio de la prensa escrita, radial y televisiva, y la ausencia de un discurso pluralista favorecen el mantenimiento de una identidad de grupo única a lo largo de todo el territorio nacional de Cuba.

La función del capital incorporado como creador de identidad puede observarse particularmente en el marcado nacionalismo de los menos privilegiados de antes, que ahora forman grupos otra vez limitados económicamente por las reformas. A menudo, estos grupos manifiestan una sorprendente lealtad al socialismo cubano. En Cuba, los bienes materiales y las formas de capital incorporadas siempre estuvieron en interdependencia con la política, la economía y la nación; y se legitimaron y consolidaron sinérgicamente.

Por ello, tras la eliminación de la estabilidad material por la crisis, la legitimación del “modelo cubano” pudo mantenerse sobre la base de las formas de “capital incorporado”. Así pues, cuando Bourdieu (1983:191) constata que “el capital social desprende un efecto multiplicador del capital del que de hecho se dispone”, implica que se puede compensar parcialmente una disminución del sustento material de determinadas formas de capital incorporado. Por lo visto, esto es exactamente lo que sucede en Cuba. Sólo así ha podido garantizarse hasta ahora la reproducción social, a pesar de la crisis económica permanente de los últimos años.

Históricamente, el capital social y el cultural han nacido y se

han desarrollado en espacios regionales. Por eso el concepto de formas de capital incorporado señala regiones delimitadas geográficamente y a la nación como base central del desarrollo. Sin ignorar, como expresara Bourdieu (1983:196) tan acertadamente, “el hecho brutal de la reducibilidad universal a la economía”, se deriva de ello un enfoque que para explicar el desarrollo social no sólo reduce los conceptos economía y nación a lo económico sino que los funde. Es decir, el éxito de una economía no sólo depende de sus estructuras de oferta y potencias competitivas sino a la vez de su cultura (empresarial y política) nacional, de su flexibilidad de corresponder hacia nuevos impulsos. El éxito de una nación no sólo se debe a una base y crecimiento económicos consolidados sino también a su sistema particular de distribución social, su estabilidad política y su cultura de gobernar. Vale agregar que este enfoque está implícitamente en contradicción con la tesis actual de la globalización. De hecho, va de la mano con reflexiones teóricas que siguen atribuyendo potenciales importantes a la nación para el desarrollo y la regulación, así como en el nuevo campo de coordinación de las relaciones internacionales (Krugman 1994, 1996).

El enfoque de las formas de capital incorporado también merece ser observado por la sociología del cambio social, específicamente por la teoría de la transformación socialista. La conservación de la integridad del “modelo cubano”, a pesar de la pérdida de sus bases económicas externas, subraya que el “socialismo estatal” no era sólo expresión de relaciones de producción o de políticas monopolizadoras, sino una formación social históricamente creciente, caracterizada de forma multifacética por sus propios valores y experiencias —cultura, ética, moral, vida cotidiana—, precisamente por la presencia del “capital cultural y social”.

A partir de lo apuntado pueden descifrarse algunas experiencias postsocialistas de las reformas aplicadas en Europa Oriental. En la mayoría de aquellos países, no se logró, con un nuevo orden de relaciones sociales, imponer la racionalidad económica de formas de producción capitalistas o establecer una cogestión política estable y amplia —que a menudo designan los términos genéricos de “mercado” y “democracia”—, sino que estas sociedades de cambio tampoco pudieron exorcizar de un día para otro sus reglas socialistas de conducta. Tales experiencias motivan cada vez más a los teóricos de la transformación a preferir enfoques reformadores graduales; el proceso de cambios en Cuba pudiera servir como un ejemplo revelador.

Asimismo, Bourdieu identificó “el reconocimiento de un mínimo de homogeneidad objetiva” como un punto de partida para la acción de las formas de capital incorporado. Las implicaciones de esta afirmación para Cuba son precisas. A mediano plazo la desigualdad social reciente también se estructurará en la Isla. Últimamente, esta desigualdad se refleja en la estructura social y se erige en el factor trastocador de la estabilidad, “la unidad nacional”: “Más tarde o más temprano se constituirán en el nivel político los moldes de las diferencias sociales producidas por las reformas económicas” (Habel 1997:24).

Conclusión

Para responder a los escenarios apremiantes que la amenazan, la sociedad cubana se encuentra hoy en un estado de frágil estabilidad que sólo puede consolidarse con una homogeneización renovada. Pero si hasta ahora lo que ha asegurado la reproducción de la sociedad han sido factores extraeconómicos, ésta no podrá estabilizarse solamente con éxitos en la economía. No faltan observaciones dentro de Cuba que, al resumir las posibilidades futuras del proyecto social cubano, destacan: “Si se espera a que la evolución económica ofrezca sus lados favorables al socialismo, no nos salvaremos” (Martínez 1995:46). Por otra parte, en las ciencias sociales cubanas parece existir consenso en cuanto al “peligro” que representa la creciente desigualdad para la sobrevivencia del “modelo cubano” (Ubieta 1996:72). Sin embargo, los criterios sobre una estrategia para lograr una homogeneidad renovada son muy divergentes.

Mientras hasta hoy día el discurso oficial sólo se ha centrado en un fortalecimiento de la economía y del Estado manteniendo o retocando todas las demás estructuras del “modelo” (Rodríguez 1996; Ferriol 1997), algunos científicos sociales insisten en la necesidad de profundizar las reformas a través de un “cambio radical” (Espina 1997b: 99). No se trata de una restauración de la vieja homogeneidad ahora frágil, sino de una renovación donde la nación se defina por la “unión” en vez de la unidad. La diferenciación social debe incorporarse al “modelo social” a través del incremento de las posibilidades de rearticulación de nuevos sujetos, reforzando el papel de la sociedad civil, y de esta forma utilizar los potenciales de innovación con el objetivo de aumentar la capacidad social para autodirigirse. Con razón Mayra Espina (1997a:18) recuerda

que "diferenciación socioeconómica y desigualdad social no pueden ser identificadas".

Como acciones necesarias para mantener la responsabilidad del Estado con la sociedad, así como asegurar una política de redistribución que impida la marginación social en Cuba, en el plano político se mencionan los siguientes aspectos: desideologización del Estado; descentralización de las instituciones políticas y nivelación de sus estructuras; despersonificación de las estructuras administrativas; universalización de los derechos y deberes personales; fortalecimiento de un Estado de Derecho; ampliación de la democratización del mecanismo estatal; así como el desarrollo de mayores intercambios informativos en los medios de difusión (Dilla 1996a; Valdés Paz 1994; Vázquez Penelas y Dávalos Domínguez 1996).

En el plano económico, la apertura, formación y fortalecimiento del mercado interno; la despolitización y descentralización de la economía; la socialización de pequeños mercados internos y de la propiedad estatal a través de cooperativas; así como la individualización de ciertas actividades son temas que se discuten para una estrategia económica integral (Dilla 1996b; González Gutiérrez 1998; CEEC 1999). Así, el motor del aumento de la eficiencia tendría que ser la reforma radical empresarial, que ha estado, hasta fecha reciente, en un segundo plano. Esta debe conceder más autonomía a las empresas y convertir el control directo planificado en regulación indirecta mediante mecanismos integrales mercantiles. Los cambios agrarios constituyen un ejemplo revelador de todo lo que puede avanzarse en la descentralización y reordenamiento en esfera productiva (EER 1996; EER 1998; Valdés Paz 1997).

Es evidente el carácter innovador de todas estas propuestas. Se trata de encontrar una nueva cultura de hacer y gobernar. En la agenda cubana pudieran avizorarse cambios que promuevan los potenciales endógenos existentes y permitan utilizar los efectos multiplicadores del "capital cultural y social" a través de nuevos espacios de participación. El objetivo principal consistiría en situar en el centro del proyecto social el factor estabilizador de la "unidad nacional". En este proyecto social la "legitimidad revolucionaria" abriría espacios renovadores a una permanente "legitimidad institucional" (Habel 1997). Tal proceso sería posible a través de una transformación gradual, pero fundamental, del "modelo del socialismo estatal". Todo parece depender, entonces, de la capacidad creativa de los actores políticos y sociales para trazar una

estrategia de reformas coherentes y de cara a las incertidumbres que plantean las coyunturas internacionales para que Cuba se adentre en los retos económicos, sociales y políticos del siglo XXI.

Finalmente, el horizonte social que avizora para el perfeccionamiento de los cambios económico-sociales realizados y los que necesariamente se darán a corto y mediano plazo debe enmarcarse dentro de la conformación de un “modelo renovado” que no comprometa y, en todo caso, tienda a reforzar el carácter social del proceso revolucionario cubano. Además, tal modelo debe servir de sostén a la independencia nacional, conservar la equidad y la justicia social, mantener el acceso generalizado a conquistas esenciales como la educación y la salud para todos, así como preservar el papel del Estado como garante del desarrollo económico-social de la nación.

Hoy se constata que la isla caribeña no sólo sigue siendo víctima de la política agresiva de los Estados Unidos o de la llamada globalización, sino que también debería encontrar soluciones creativas para continuar como protagonista de su propio futuro. Cuba no se encuentra al “final de la historia”, sino en un nuevo comienzo: su modelo económico, político y social aún tiene por delante el mayor reto...

NOTA

1. Este trabajo constituye una variante de una ponencia que el autor presentó en el II Simposio Cubano-Alemán, del 11 al 16 de enero de 1999 en la Casa Fernando Ortiz, auspiciado por la Universidad de La Habana y la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina (ADLAF).

REFERENCIAS

- BNC (Banco Nacional de Cuba). (1997). *Informe económico de 1997*. La Habana.
- Bourdieu, Pierre. (1983). *Ökonomisches Kapital, kulturelles Kapital, soziales Kapital*. En Reinhard Kreckel (ed.), *Soziale Ungleichheiten*. Göttingen: Reinhard Campus-Verlag. Pp. 183-198.
- Burchardt, Hans-Jürgen. (1995). La economía sumergida: ¿de la ilegalidad al programa? En Karl Kohut y Günter Mertins (eds.), *Cuba en 1995: un diálogo entre investigadores alemanes y cubanos*. Augsburg: Arbeitshefte des ISLA. Pp. 13-19.
- Burchardt, Hans-Jürgen. (1996). *Kuba: Der lange Abschied von einem Mythos*. Stuttgart: Schmetterling-Verlag.
- Burchardt, Hans-Jürgen. (1999). *Kuba: Im Herbst des Patriarchen*. Stuttgart: Schmetterling-Verlag.
- Carranza Valdés, Julio, Luis Urdaneta Gutiérrez y Pedro Monreal González. (1995). *Cuba: la reestructuración de la economía —una propuesta para el debate*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Carranza Valdés, Julio y Pedro Monreal González. (1998). Problemas del desarrollo en Cuba. *Temas* 11:30-40.
- CEE (Comité Estatal de Estadísticas). (1989). *Anuario estadístico de Cuba 1989*. La Habana.
- CEEC (Centro de Estudios de la Economía Cubana). (1999). *Balance de la economía cubana a finales de los 90's*. Informe del CEEC. La Habana.
- Coleman, James S. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology* 94:95-120.
- Díaz Vázquez, Julio A. (1998a). Cuba: ajuste en el modelo económico. En Eduardo Cuenca (ed.), *Enfoque sobre la reciente economía cubana*. Madrid: Aqualarga. Pp. 27-40.
- Díaz Vázquez, Julio A. (1998b). *Cuba: consumo y distribución de alimentos*. La Habana: Centro de Investigación de Economía Internacional.
- Dilla, Haroldo. (1996a). Cuba: la reforma económica, la reestructuración social y la política. *Pensamiento propio* 2:93-105.

- Dilla, Haroldo. (1996b). Pensando la alternativa desde la participación. *Temas* 8:102-109.
- EER (Equipo de Estudios Rurales). (1996). *UBPC —desarrollo rural y participación*. La Habana: Universidad de La Habana.
- EER (Equipo de Estudios Rurales). (1998). *UBPC —desarrollo rural y participación social*. La Habana: Universidad de La Habana.
- Espina, Mayra. (1997a). Cuba: el espacio para la igualdad. Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Guadalajara, México, 17-19 de abril.
- Espina, Mayra. (1997b). Transformaciones recientes de la estructura socio-clasista cubana. *Papers* 52:83-99.
- Ferriol, Angela. (1997). ¿Ya no somos iguales? *Juventud Rebelde*, 28 de diciembre de 1997.
- González Gutiérrez, Alfredo. (1995). La economía sumergida en Cuba. *Cuba: Investigación Económica* 2:77-101.
- González Gutiérrez, Alfredo. (1998). Economía y sociedad: los retos del modelo. *Temas* 11:4- 29.
- Habel, Janette. (1997). *Kuba —Gesellschaft im Übergang*. Köln: ISP-Verlag.
- Kreckel, Reinhard. (1992). *Politische Soziologie der sozialen Ungleichheit*. Frankfurt: Reinhard Campus-Verlag.
- Krugman, Paul R. (1994). *Peddling Prosperity: Economic Sense and Nonsense in the Age of Diminished Expectations*. Nueva York: Norton.
- Krugman, Paul R. (1996). *Pop Internationalism*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Marquetti Nodarse, Hiram. (1998). La economía del dólar: balance y perspectivas. *Temas* 11:51-62.
- Martínez, Fernando. (1995). Pensar es un ejercicio indispensable. *Debates Americanos* 1:36- 51.
- Núñez Moreno, Lilia. (1998). Más allá del cuentapropismo. *Temas* 11:41-50.
- ONE (Oficina Nacional de Estadística). (1998). *Anuario estadístico de Cuba 1996*. La Habana.
- Proceso. (1999a). La situación financiera, "tensa", reconoce el gobierno cubano. Núm. 183, 4 de julio.
- Proceso. (1999b). Para Cuba, 1999 es el año de todos los peligros. Núm. 183, 4 de julio.
- Rodríguez, José Luis. (1996). Cuba 1990-1995: reflexiones sobre una política económica acertada. *Cuba Socialista* 1:20-28.

- Rodríguez, Santiago. (1999). La evolución y transformación del sector agropecuario en los noventa. En CEEC (Centro de Estudios de la Economía Cubana), *Balance de la economía cubana a finales de los 90's*. Informe del CEEC. La Habana. Pp. 61-81.
- Togores, Viviana. (1999). Cuba: efectos sociales de la crisis y el ajuste económico de los 90's —la economía cubana en 1996. En CEEC (Centro de Estudios de la Economía Cubana), *Balance de la economía cubana a finales de los 90's*. Informe del CEEC. La Habana. Pp. 82-112.
- Ubieta, Enrique. (1996). Notas para un estudio de la marginalidad en Cuba. *Contracorriente* 2:70-72.
- Valdés Paz, Juan. (1994). La transición socialista en Cuba: continuidad y cambio en los 90. En Juan Valdés Paz y Mayra Espina, *La transición socialista en Cuba*. La Habana. Pp. 33-72.
- Valdés Paz, Juan. (1997). *Procesos agrarios en Cuba 1959-1995*. La Habana: Pinos Nuevos.
- Vázquez Penelas, Aurora y Roberto Dávalos Domínguez (eds.). (1996). *Participación social, desarrollo urbano y comunitario*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

RESUMEN

Este artículo aborda los cambios en Cuba durante los años noventa. Al principio se presentan los antecedentes de la crisis y se documenta *grosso modo* el proceso de reformas económicas y las medidas adoptadas en la Isla. Retomando aspectos teóricos de la sociología política, se identifica el factor estabilizador especial del socialismo cubano y, finalmente, se intenta develar un posible escenario de reformas que pudiera dar a la sociedad isleña una posibilidad histórica para una transformación civil y social. [**Palabras clave:** economía cubana, sociología política, capital social y cultural, Bourdieu, Cuba.]

ABSTRACT

This article analyzes the changes in Cuba during the 1990s. At the beginning the author presents the antecedents of the crisis and documents *grosso modo* the process of economic reforms and the measures adopted on the Island. Drawing on theoretical insights from political sociology, the specific stability of Cuban socialism is identified. Finally, the article closes with an outline of a reform scenario, which might give Cuba a historic chance for a civilian and social transformation of its society. [**Keywords:** Cuban economy, political sociology, social and cultural capital, Bourdieu, Cuba.]